



Nicolás Granada

Cartas gauchas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Nicolás Granada

Cartas gauchas

Descripción de las Fiestas del Centenario por el gaucho argentino Martín Oro en seis cartas, en versos gauchos dedicados a su mujer Benita Chaparro

Carta primera

Carta primera

En la que el paisano Martín Oro da cuenta a su mujer Benita Chaparro de su viaje en ferrocarril hasta la Capital Federal, su llegada a la estación Constitución, su encuentro con el pueblero D. Nicanor, el cual lo conduce hasta el Almacén-posada de Rebollo, en donde lo instala, saliendo de allí para el centro con el objeto de admirar la Iluminación de la Plaza del Congreso, Avenida de Mayo, etc., que él describe. -Observaciones sobre las mujeres, sus trajes y maneras, así como las de los jóvenes hig-liffe. -Asistencia a un teatro popular.

Mi muy querida Benita

aunque bichoco y despiao,

de tanto haber caminao

en esta ciudá bendita,

le pego una cuerpiadita

al cansancio que me aplasta,

y haciendo honor a la casta

de criollo guapo y curtido,

a escribirte me decido

Tuito el día, si me basta.

10

¡Que ha de bastar! Ni en un año

creo podría escribirte,

cuanto tengo que decirte,

de embarrullao y de extraño,

como entre un susto tamaño,
15

he visto en esta ciudad,

que como borracha está,

gritona y embanderada,

florida e iluminada,

¡ques una barbaridá!
20

Después de andar en prisión

un día en fierro carril,

llegué como un perejil

a la mentada estación

que llaman Custitución,
25

y ques un galpón grandote,

ande dentramos al trote,

echando un humo jediondo,

y metiendo un batifondo

que daba al diablo un cerote.
30

Yo bajé medio entumido,

y ansina como almario;

de la vista encandilao,

y del mate dolorido,

cuando un mozo que me vido,
35

y se hizo cuenta, dejuero,

de que estaba en un apuro

en aquel corral ajeno,

vino a refalarme el freno,

y a ayudarme comedido.
40

-Veo que usté es pajuerano

-me dijo con güenos modos.

Mirá Benita: no a todos

les cai del cielo un hermano,

que venga a darle la mano

45

en un trance como el mío,

pues me encontraba en un lío

¡mesmamente soberano!

-¡Ha adivinao, amigazo!

-le dije al mozo pueblero;

50

¡Estoy como un hormiguero

a que le han dao un humazo!

Había sido fierazo

hallarse de sopetón,

en medio a una población
55

ansina, deste tamaño...

Mesmo que en un pago extraño,

suele hallarse un mancarrón.

-¿Y trai quipaje?

-Ese lío

que son mis pilchas camperas;
60

unas maletas fuleras,

y pa fumar el avío...

¿De qué se rai?

-Pues me ríó

de verlo a usté tan confíao,

largarse así, sin cuidao,
65

con su talero en la mano...

-¿Y no sabe quel paisano

nació para ser soldao?

¿No sabe que esta nación,

hoy tan grande y tan ufana,
70

nació de un toque de diana,

y un disparo de cañón?

¿Que un valiente pelotón

de paisanos argentinos,

más valientes que ladinos,
75

más patriotas que valientes,

levantaron imponentes,

esos colores divinos?

¿Ya no se acuerda, paisano,

de los Patricios mentaos,
80

de los bravos Coloraos,

de los Blandengues, del llano

en que con el sable en mano

y garabina terciada,

bajaba a la disparada
85

con su guachaje atrevido,

aquel Güemes tan temido,

el de la fama mentada?

¿Y no saben los puebleros,

que fueron gauchos al fin,
90

los bravos de San Martín,

los heroicos Granaderos,

los audaces, los primeros

que al cóndor de la montaña,

asustaron con la hazaña
95

de llegar hasta sus nidos,

y allí lanzar atrevidos,

su protesta contra España?

¿No saben que si hoy tenemos

patria, riqueza, fortuna,
100

se la debemos ¡Ahijuna!

al gaucho... ni más ni menos...

que ellos valientes y güenos

pa trabajar ande quiera,

custodiando la frontera,
105

en el rodeo o sembrado,

siempre se les vio formando,

al pie de nuestra bandera?

Como en misa se quedó

aquel pueblerito, Benita,
110

al oír esta licióncita

que ni en sueños esperó,

de que un gaucho como yo

se la diera de memoria,

pues ellos saben de historia,
115

como yo de hablar en gringo,

o como puede a mi pingo

montar cualquier sanagoria.

-¡Había sido dotor!

-me dijo riyendo el mozo
120

-antes de salirme el bozo,

ya era en mi pago cantor,

y ya echaba un «¡De mi flor!»

a cualesquier atrevido,

aunque me dijera: «¡Envido!»
125

Con un bramido de toro,

porque el gaucho Martín Oro,

jamás se dio por vencido.

-¡Ansina me gusta un criollo!

-me retrucó aquel mocito
130

-mire, vamos ligerito

al almacén de Rebollo...

-¿Y eso es lejos?

-¡Qué! Ni un rollo

de lazo habrá dende aquí...

¿Ve ese tranguay? pues allí
135

está ese almacén mentao,

ande venden un guindao

que está pidiendo maní.

¡Qué almacén! ¡Qué cosa rica

de almacén! ¡Virgen María!
140

¡Si aquello más parecía

que almacén, una botica!

Gente grande, gente chica,

mujeres... ¡Cuánto Dios crio!...

A mí, Benita, me dio
145

al entrar un almareo,

con tanta luz y voceo,

y aquel tufo... a ¡qué sé yo!...

Tomamos nuestro guindao,

de un trago, a todo galope.
150

-¡Mozo! -grité.

-No me cope

la banca ansina, cuñao.

Yo he sido quien lo ha envitao,

y es justo que pague yo

dijo el mocito, y peló
155

un rollo e plata grandote,

llamó al patrón, y en un trote

mi alojamiento ajustó.

-Deje las pilchas no más,

que se las lleven pa dentro,
160

y aura vámonos pal centro

(siguió el mozo languaraz)

En el asiento de atrás

de un coche con campanillas,

que un tostao, puro costillas,
165

tiraba a rigor de azote,

nos juimos a ver, al trote,

las mentadas maravillas.

Mentadas, y con razón,

Benita, porque a mi ver,
170

son cosas para no creer

ni mesmo por soñación,

las que para esta ocasión,

ha inventao, con gran pacencia,

con habilidá, con cencia,
175

este pueblo extraordinario,

en honor del centenario

de la patria independencia.

Después de andar a porfía,

por mil calles bullangueras,
180

tuitas llenas de banderas,

y alumbradas como el día,

en que una loca alegría,

en mil modos diferentes,

entusiasmaba a las gentes,
185

que raiban, y que cantaban,

daban vivas, palmotiaban,

como si juesen dementes.

Juimos a desembocar

en un tremendo plazón...

190

Benita... ¡Mi corazón

se me agachó a corcobiar!...

Vos nunca has visto brillar,

en el cielo a los rastrojos,

tantas luces, a manojos,

195

como lucían allí,

que apenas medio las vi,

me hicieron cerrar los ojos.

¿Has visto el Altar Mayor

de nuestra iglesia campera,
200

cuando en ella se venera

nuestro santo protetor?

De velas ques un primor,

hay un por demás que asombra,

pues del techo hasta la alfombra,
205

tuito está bien alumbrado.

Pues ese altar adora,

aquí sería una sombra.

No te podés dar razón,

de si es verdad u mentira
210

lo que ves, pues si se mira,

ansina, de refilón,

ves como una quemazón,

como si ardieran las casas,

como si en calles y plazas
215

volaran en un momento,

a los soplidos del viento,

llamaradas, chispas, brazas.

Hay un palacio grandote

que le llaman el colgreso,
220

que está entodavía preso

por un tablero almastrote.

Diai, un camino largote

te lleva hasta la otra plaza,

que cierra al fondo la casa
225

ande escribe el Presidente,

y ande va tuita la gente

que en el gobierno hace baza.

Todo eso está luminao

como con rayos de sol,
230

y entre uno y otro farol,

ves un precioso tablao,

en los que han acomodao

mil bandas de musiqueros,

que hacen unos entreveros,
235

tocando milongas viejas,

que te aturden las orejas

como pelea de teros.

El gentío anda en montones,

igual que langosta hambrienta,

240

y se estruja y se revienta,

a juerza de arrempujones,

codazos, y pisotones.

Naides por esto se enoja.

Las botas que truje en hoja,
245

me las han dejao peladas,

y ansina, medio ladiadas,

y con una suela floja.

Las mozas... ¡Virgen bendita!

todas a cual más devina...
250

No te amostacés mi china

por esta resfaladita;

porque bien sabés, Benita,

lo mucho que te apreceo,

y queste es un escareo
255

al ñudo, de patrio viejo,

pues por ninguna te dejo

y hasta durmiendo te veo.

Aura llevan unas gorras,

llenas de plumas y flecos,
260

como las de esos muñecos

para espantar las cotorras,

que las chacareras zorras

colocan en los sembraos.

Los vestidos ajustaos,
265

pa que uno la vista fije

en aquello que te dije,

que va todo señalao.

Con agua blanca y de rosas

llevan el cutis pintao;
270

los labios, por de conta,

y los ojos, y otras cosas.

Hay morochas muy hermosas,

que usan trenza y peluquete

rubio, pa afrentarse al cuete,
275

y por seguir la modita,

hay quien se pone, Benita,

una pluma en el copete.

Con una cincha ajustada

van toditas, por demás,
280

empujándose pa atrás

las tripas y riñonada.

Como una cabra asustada

caminan dando saltitos,

pues llevan los zapatitos
285

estrechos y puntiagudos,

los pieses medio desnudos,

y una cuarta de taquitos.

De los mozos ¡no hay que hablar!

son unos desajeraos;
290

van toditos afaitaos

como bolas de billar.

Uno no sabe acertar

el ques hombre u es mujer,

pues vos no llegás a ver
295

un centenar con bigote,

y tomas por monigote,

al hombre de más valer.

Cansao de tanto mirar

aquel mar de lucerío.
300

De sentir el griterío

y oír las bamdas rebuznar,

dije: -Vamos a cenar.

-¿Ande? -dijo él.

-A un fondín.

-Mire, amigo don Martín,
305

lo mejor y más barato,

es dirnos aura pa un trato,

y cenar después del fin.

-Como guste -dije yo-,

unque me silban las tripas...
310

-Tomemos dos sonceritas

ahí enfrente -y me llevó

a un café, donde pidió

unos sangüiches de queso,

dos chopes, y ya con eso
315

medio medio nos aviamos,

y ansina que despachamos

laimos un papel impreso,

en que todas las funciones

estaban de aquella noche...
320

¡Virgen Santa! ¡Qué derroche

de farras y diversiones!

Todas eran tentaciones

para mi amigo el pueblero,

pues yo, como hombre campero,
325

estaba, sin colegir

ande debíamos dir,

ni lo quera lindo o fiero.

Al fin el hombre me dijo:

-Ésta es medio rigular.
330

Creo que le ha de gustar

más rair que llorar, de fijo.

-Ansina es...

-Pues ésta elijo.

Llamó al mozo, le pagó,

y al salir me preguntó:
335

¿Conoce a Parra?

-¡Qué cosa!

¡Si soy del lao de Mendoza!

¡Si habré visto parras yo!

Perdoname, mi viejita

si aquí esta carta termino;
340

siento como un remolino

en mi cabeza, Benita.

Es una cosa infinita

contar esta fiesta loca,

y la razón se me apoca,
345

almario por esta trilla,

que esto es como pesadilla

de los que duermen de boca.

Carta segunda

Carta segunda

El gaucho Martín Oro, elogia las prendas morales de su amigo Nicanor. -Describe los tranvías, los automóviles y los coches particulares y placeros. -Asiste a una función teatral. -A la salida, Nicanor lo invita para ir a una casa de juego. El gaucho se excusa. -Nicanor anda escaso de dinero, y, con rubor, se lo confiesa a Martín Oro. -Éste en un rasgo de caballerescas generosidad, se desprende el tirador y se lo ofrece al pueblerito. -Nicanor, meticulosamente, acepta una pequeña cantidad, restituyendo el resto, entre el que hay un gran envoltorio, a los bolsillos del tirador. -Martín se retira cansado, y al dormirse, tiene recuerdos tiernos para su rancho.

¡Qué noche! ¡Si no he podido

dormir un solo momento!

¡Si no sé lo que te escribo

ni tampoco lo que pienso!

Ese pueblero ladino

5

me ha hecho daño a sigún creo.

El hombre se ha aquerenciao

con mi persona, lo mesmo

quesos perros extraviaos,

con el primer pasajero;

10

pero yo también, Benita,

siento por él un afeto,

como si lo conociera

quién sabe dende qué tiempo.

Anoche, como te dije,
15

juimos al triato... ¡Yo creo

que si no reventé anoche,

ya ni de chocho reviento!

Pero esperá que te diga

aquí una cosa primero,
20

que no sé cómo olvidada

se quedó en mi pensamiento.

Pa andar en esta ciudá,

ques mil veces nuestro pueblo,

hay pa todas direciones
25

unos cochazos inmensos,

que aquí los llaman tranguáys

en un idioma extranjero.

Esos cochazos que llevan

en su respetivo asiento,
30

o parao en poteformas,

un mundo de pasajeros,

no los tira ningún bicho

como guay, caballo, u perro;

van solitos, disparando

35

sobre unas barras de acero,

igual quel fierro-carril

que vos y yo conocemos,

pero sin locometiva,

ni agua caliente, ni fuego.

40

Aquí pa los dos... (mirá:

antes rezá un pagre nuestro)

Aquí pa los dos, Benita,

que anda ahí el diablo, sospecho,

porque ansina que se ponen,
45

en rigular movimiento,

echan pua arriba y abajo

un chisperío de fuego,

y hacen un quejido largo

y triste como un lamento,
50

mientras suena una campana

cual si tocaran a muerto.

Van a la juria, eso sí,

y si algún cristiano lerdo

se atraviesa por delante,
55

mientras viene como el viento,

no le queda para muestra

de la osamenta ni un güeso.

Otra cosa muy extraña...

(¡Invención de los porteños!)
60

Es el tomóvil, un coche

pa la familia, por cierto,

que corre como una gama

perseguida por los perros,

sin que naides lo arrempuje
65

ni lo tire, por supuesto.

Lo que sí, que es jediondazo

a más no poder, lo mesmo

que un zorrino enamorao,

cuando en las noches de invierno,
70

en los campos escarchaos

lo acosan los ovejeros.

Hay otros coches también,

unos viejos, otros nuevos,

cerraos como cajoncitos
75

con vigrios, otros abiertos,

con mozos que los manejan

con unos futraques nuevos,

todos llenos de botones

relumbrosos, y sombreros
80

como faroles, grandotes,

y aforraos en cierto-pelo

lustroso y más renegrado,

que lomo de gato negro.

Los que les llaman de plaza,
85

son fierazos por extremo,

y van manejaos por tanos

que da risa al solo verlos,

pues tanto como son limpios

los de la gente de pesos,
90

son estos de desasiaos,

lo mesmo que pordioseros.

Ésos sí, llevan caballos,

y ansina el caso es lo mesmo:

Los de los ricos... ¡qué pingos!
95

Los de plaza... ¡puros güesos!

Aura te hablaré del triato

que dejé por un momento:

¡Qué función tan cosa papa!

Pa la risa, por supuesto.
100

Figúrate un tano sonso,

que se ha casao medio viejo

con una china bonita,

y sin canas en el pelo,

a la que le arrastra el ala
105

un compadrito orillero,

desos que viven de arriba,

haraganes y sin medio,

confiao en otros como él,

u en la pobre «pior es menos,
110

a la que le hace el amor,

para vivir de sus pesos.

La casa es un hospital

de esos que llaman «loqueros»,

pues allí vive un mamao,
115

que dice que fue gobierno,

una vieja y su hija loca,

de las que es guay pertiguero,

otro viejo más borracho

que un barril con caña adentro.
120

Pero lo mejor de todo,

es otro tano muy fiero,

aficionao a las farras,

que ha formao como un rodeo

de locos de todas layas,
125

tocadores de instrumentos,

ansina como la banda

ésa que toca en el pueblo,

que ni Dios mesmo la entiende,

puro bombo y puro viento.
130

Aura verás lo mejor:

es carnaval. Un estruendo

se siente por tuitas partes

de cantos y de titeos.

La china del tano sonso
135

se escapa con su muñeco,

dejando al marido bruto

que de todo tiene miedo,

mirando el humo de un pito

cargao con tabaco fiero.
140

El mamao, medio dotor,

anda armao con un espejo

pa que toditos se miren,

a ver si son ellos mesmos.

Las otras mozas del patio,
145

se han disfrazao, y lo mesmo

hace el tano de la banda,

que se presienta muy fresco,

vestido de ray de bastos

con un garrote u talero,
150

haciendo tocar un tango

a su comparsa de perros.

Dentra la china traidora,

trenzada a su compañero;

el marido la reprimde,
155

ella lo manda a paseo,

el carcamán ruempe el pito

la mujer larga un ¡Me muero!

El compadre le hace frente,

pela el gringo un facón viejo;
160

la hacienda se hace un ovillo,

y pone el grito en el cielo;

todos corren asustaos,

y en medio del entrevero,

el tano caza al compadre,
165

y de un puntazo tremendo,

lo despacha al otro mundo,

despanzurrao como un perro.

Cai una cortina grande,

tapando todito aquello,
170

tal vez por la autoridá

que ya la cosa anda oliendo,

pero la gente gritona,

sin ver quel asunto es serio,

palmotea, patalea,
175

y grita ques un contento.

Se levanta la cortina.

¿Y qué te pensas que veo?

¡Pues riyendo y saludando,

Benita, al compadre muerto!
180

¡Me da una rabia!... Te juro

que si más cerca lo tengo,

le hago bajar los calzones,

y le doy un vapuleo,

pa que tenga más vergüenza,
185

y no se haga el zorro viejo,

y no nos robe la plata,

con farsas y fingimientos.

Mi amigo don Nicanor,

(que así se llama el pueblero)
190

quería correr la farra

por el barrio de Palermo,

llevándome a visitar

a un doctor, que en el gobierno

tiene yo no sé que mando,
195

u negocio, ansina desos

que plumean todo el día,

y por la noche lo mesmo.

Dice que en aquella casa,

nai des jamás tiene sueño,

200

y hay bailoteo y jarana,

música, chupis, y juego.

Que hay mozas rigularotas,

(mejorando tu recuerdo)

muy ladinás y educadas,
205

y mansitas para el freno.

Yo que soy tu amante fiel,

incapaz de hacerte un feo...

porque el que nació güen mozo,

no puede hacer nada de eso,
210

a don Nicanor le digo:

-En ese trato no dentro.

Yo tengo mi mujercita,

a la que adoro y respeto.

-Pero ésa no está presente.
215

-¿Qué me importa que esté lejos,

si con los ojos del alma

a todas horas la veo?

Vaya amigazo usté solo,

y si precisa dinero...
220

El hombre andaba cortao

con el gasto que había hecho,

y colorao como un pavo,

me dijo, medio riyendo:

-¡Había sido adivino
225

este don Martín, lo mesmo

que el médico Penadés,

que cura a cualquier enfermo,

con nada más que mirar

el retrato de su agüelo!
230

-¿Por qué lo dice, cuñao?...

-Porque me ha dao en el mesmo

centro de la matadura...

¡Si deso estoy padeciendo!...

Vea mi porta-moneda...
235

Con esto tan solo cuento:

dos nales y algunos niques...

Calculé mal, aparcerero,

y no saqué de mi bolsa,

ni pa hacer cantar un ciego.
240

Mañana...

-¡Cierre la boca

y no me siga ofendiendo!

¡Que mañana, ni mañana!

¿Cree que soy un pordiosero?

¿O piensa que Martín Oro,
245

se largó del campo al pueblo,

pa que lo mantenga naidés,

y andar la leche escondiendo?

Y ya el tirador di güelta,

y ya lo abrí todo entero,
250

y ya eché sobre la mesa

todito el rollo de pesos.

-¡Tome, amigazo! -le dije,

arrenpujando el dinero-

¡Tome lo que le haga falta,
255

igual que si de usted mismo

fueran estos pesos sucios

y todo cuanto yo tengo!

¡Tome, y vaya a divertirse,

si tienes ganas de hacerlo,
260

y dele al alma lo suyo,

y al cuerpo, lo que es del cuerpo!

Se le saltaron las lágrimas

al pobre mozo, y un beso

me quizo dar en la mano,
265

que yo retiré corriendo.

Después, con mucha vergüenza

y como agarrando fuego,

colorao como un tomate,

y mil disculpas pidiendo,
270

agarró... quién sabe cuanto,

que yo para no ofenderlo,

me hice ansina el que miraba

por las vigrieras, el tiempo,

mientras él, todo cortao
275

al tirador me echó el resto,

Diciéndome: -Güeno, amigo,

por obedecerle aceto;

pero mañana...

-¡Otra vez!

¡Punto en boca, o lo peleo!
280

Aura lo que sí le pido,

es que me llame un cochero

y me mande pa la casa

de don Rebollo. Estoy muerto

de cansao, tengo los pieses
285

hinchaos como dos escuerzos,

y la cabeza aturdida,

y como mamao de sueño.

Ya por supuesto a estas horas,

estarás prendiendo fuego,
290

y el gallo giró, en el tala,

su diana habrá echao al viento.

Ya ves que te recordé

en medio de aquel infierno

de bullas y tentaciones,
295

que con mi amor no pudieron;

y te tengo tan presente,

Benita, en este momento,

que apenas me he levantaó,

mando esta carta al correo.
300

Carta tercera

Carta tercera

Nicanor ha desaparecido. -El paisano está intranquilo, pues piensa que puede haberle sucedido algo grave a su amigo. -Lee en un diario el anuncio de la revista naval, y se decide a asistir. -Se embarca en el Golondrina. -Incidentes cómicos a bordo. -Principio de mareo. -Hace amistad con un italiano que lo tonifica con su vino. -Empieza la revista. -La describe con entusiasmo aunque trabucando muchas cosas. -Los torpederos. -Las gaviotas. -Las señales. -Bautismo naval del gaucho. -Gran cansancio.

Cuanto más cavilo yo

en las cosas que han pasao,

más el mate, embarullao,

se me güelve un pororó.

No sé ni puande empezar,

5

pa seguir mi referencia

que ni de un dotor la sencia

alcanzaría a explicar.

¡Y aura que a Don Nicanor

no veo, vivo ni muerto,
10

que con su ayuda, de cierto,

podría hacerlo mejor!...

Yo no sé lo que será

de ese mozo tan cumplido,

que se ha desaparecido
15

sin que se sepa ande está.

Al patrón del almacén,

le pregunté, y se riyó.

-No se aflija -contestó-

que lo ha de pasar muy bien.
20

-¿Y ande vive?

-No lo sé,

y aquí ninguno lo sabe.

Ése vive como esa ave,

que canta y naides la ve.

-A la cuenta será brujo.
25

-¡Y no más puede que fuera!

-¡Dejarme de esta manera

después que él fue quien me trujo!

-¡No se queje, don Martín,

de su amigo el resertor.
30

Tal vez que sea mejor

que lo haiga dejao al fin!

Mucho me ha hecho cavilar

esta razón del pulpero,

porque mi amigo el pueblero,
35

a mí no me ha dao que hablar,

él me sacó de un tirón,

cuando yo andaba perdido,

entre el bullicio y el ruido

dese infierno de Estación.
40

Él me trujo a este almacén,

él me llevó pal poblao,

pal trato... pa todo lao,

siempre portándose bien.

¿Quién sabe, si allá, en Palermo,
45

pande llevarme quería,

en alguna tropelía

se metió u estará enfermo...?

En fin, yo tengo pa mí,

quel hombre debe volver;
50

él no se puede perder,

siendo tan vaquiano aquí.

Vos pensarás, mi Benita,

que yo ando aquí voraciando,

como Anchorena gastando...
55

pues no he tocao la platita

que truje de capital

en el prencipal bolsillo

del tirador, pa un padrillo

ver si compro en la Rural.
60

La noche quel tirador

puse a la desposición,

(con todo mi corazón)

del amigo Nicanor,

este mozo fue tan fino,
65

que apenas un papel chico,

acetó de mi bolsico

ande guardo el macuquino;

pues, lo ques el rollo aquel,

está como lo pusiste
70

vos, cuando lo envolviste

con cuidao en un papel.

Aura, pues, con atención,

lee, china, lo que te digo,

porque a mi modo, prosigo
75

esta larga relaición.

En un dario que aquí leo,

de los muchos que han largao,

vi, lindamente pintao,

de barquerío un rodeo.
80

Cada buque parecía,

por sus señores cañones,

(que han de ser como frisones)

en custión de artillería)

un fortín en flotación,
85

como pa hacer le patanCHA,

a quien dentrara en la cancha

con soberbias de matón.

En el ato colegí,

que esos barcos, por cierto,
90

eran los mismos que al puerto

atracaos más antes vi.

Y ya, como es natural,

fui a preguntarle al pulpero

-¿Qué es esto?

-¿No ve el letrero?

95

«La gran revista naval»

-¿Y eso, ande fue?

-No, no ha sido;

hoy mesmo debe de ser.

-¿Y cómo han podido ver?...

-Lo soñó alguno dormido.
100

-Por dir a verla, cuñado,

yo no sé lo que daría.

¡Yo creo que empeñaría

hasta mi mesmo chapiao!

Yo nunca vide estos barcos
105

tan raros y tan grandotes;

solo he visto camalotes,

que boyaban en los charcos.

-¿Y por qué no se arremanga,

y se larga pa aquel lado?

110

-¿Y cómo me voy? ¿A nado?

-Si hay de lanchas una manga,

que por unos pocos pesos,

lo llevan en un bolido,

bien cuidao y mantenido,

115

ande están los buques esos.

-Su noticia no me alegra;

me asusta el agua...

-¡Pavada!

Si usted cai al agua, nada.

-¿Yo nadar? ¡Cimo una piegra!
120

Mire amigazo: contento

debe estar uno en lo suyo,

pues dende Dios, hasta el yuyo,

todo tiene su elemento.

Para vestirse, los trapos,
125

para el gallo las gallinas,

el hombre para las chinas,

y para el agua, los zapos.

¡No importa! En esta ocasión

voy a ver si me resfalo,
130

y ansina, agarrao de un palo,

puedo ver esa función.

Mesmamente me largué

pal puerto, sin pensar más,

y aura Benita, verás
135

las cosas que allí pasé.

En un buque larguirucho

que le llaman «Golondrina»,

y que no es de largo, ansina,

como el galpón, ni con mucho,
140

dentro al igual de carneros

amontonáos en el brete,

un gentío... ¡La gran siete!...

De purititos puebleros.

Yo era el solo pajuerano
145

que me hallaba en la reunión,

y ya la mulmuración

empezó sobre el paisano.

-¡Che! -decía un cajetilla,

a otro bisojo y flacucho-
150

¡Te vas a divertir mucho

en cuanto empiece la trilla!

Mirálo a aquel que te dije,

como al palo se ha agarrao...

Creo que ya está almarioo...
155

¿No lo ves como se aflige?

Decile que los botines

se saque, y el tirador:

ansina estará mejor

pa largar los chinchulines.
160

-¿A qué vendrá entre la gente

-decía otro- este pollino?

Y otro decía: -Éste vino

como vendría Vicente,

¿qué experiencia, o que lección
165

de este ato para él saldrá?

-Ninguna, pues sacaré,

lo que el negro del sermón.

Que todito aquel responso

era pa mí, lo sabía,
170

pero yo, china, me hacía

a sus malicias el sonso.

Era inútil retrucar,

ni andar allí con custiones,

y más, cuando a trompezones,
175

comenzó el buque a bailar.

¡Dios mío! ¡Qué desconsuelo!

¡Qué ascos y descomposturas,

te dentran en las achuras,

cuando se te mueve el suelo!
180

Los pieses los sentís flojos,

las manos, por decontao,

el cuerpo como apaliao,

y medio bizcos los ojos;

frío, sentís, y calor,
185

sin razón ni fundamento,

y en ese mesmo momento

sos yelo y chorriás sudor.

En la forma más extraña,

un trompo se te hace todo,
190

y te echás, del mismo modo

que perdiz cazada a caña.

Yo miré a mi alrededor,

coñaque u caña buscando,

cuando media res colgando
195

en el cerco del vapor,

a los mozos infelices

que endenantes me chuliaban,

vi, que las tripas echaban

por la boca y las narices.
200

¡Velay! Lo que me pasó

paradentro, yo no sé

pero me parece que

verlos así, me curó.

Y a un tano que allí pasaba,
205

muy alegre y muy ladino,

y que a un botellón de vino

de cuando en cuando besaba,

le dije: -Vea amigazo,

que todos semos hermanos,
210

igual cuando la empinamos,

u revoliamos el lazo.

Aura está usté en su elemento,

metiendo el cuerpo en calor,

y pasa, muy sí señor,
215

feliz, alegre y contento,

mientras yo, desesperao,

forcejeo una cinchada,

pa no largar la mascada

conque me he desayunao.
220

El gringo aquel, bonachón,

me alargó su vino seco,

y en su idioma me dijo: -¡Ecco!

E pegalé in chopetón.

Dejuero que no le hice asco,
225

y a la viuda me prendí,

de modo que me bebí

de in chopetón, medio frasco.

-¡Dispense si me he pasao

-dije, al volverle su prenda
230

al nápoles -¡No se ofienda,

pero estaba trasijao!

Miró el hombre despacito

el frasco, y tirando un pucho,

dijo: -Ma... sá dun gabacho,
235

¿Qui había sido in mosquito?

Después, alegres los dos,

nos raimos de buena gana,

y seguimos la jarana

como dos almas de Dios.

240

En la fregata «Sarmiento»,

que ha dao güelta al mundo entero,

llevando de pasajero

al muchachaje contento,

que a manejar el timón,

245

ques en los barcos la rienda,

ha puesto allí, pa que aprienda

el jefe de la nación,

entre una porción de gente,

rica, copetuda, jamacho!...
250

Puro bordao y plumacho,

estaba allí el Presidente.

Y ansina, como una santa,

por los manates rodiada,

atendida y festejada,
255

se vía también la Infanta.

Con una cara de bueno,

unque tristón y callao,

estaba dellos al lao,

el Presidente Chileno.
260

Nos puso en nuestro lugar

una lanchita a vapor,

y ya comenzó el furor

del cañoneo a tronar.

Por delante de la lista
265

del buquerío presente,

el buque del Presidente,

comenzó a pasar revista.

Las orejas me tapé,

porque era aquello tremendo;
270

¡Qué cañoneo! ¡Qué estruendo!

¡Mesmo sordo, me quedé!

Las bandas, por decontao,

ya extrañas u nacionales.

Dele, dele, al ¡Oi mortales!
275

¡Nuestro ino, tan adoraio!

Igual que monos, arriba

trepaos, los marinos todos,

gritaban de varios modos

unos ¡burra! y otros ¡viva!
280

Tal vez algo se te ocurra

de ese modo de gritar,

pues yo he entrao a cavilar

¿por qué gritarían ¡burra!?

Una vez en posesión
285

los buques de su lugar,

dieron orden de largar,

y empezó la procesión.

Lo mesmo que parejeros,

a rigor de rebencazos,
290

echando fuego y humazos,

pasaron los torpederos.

No encuentro palabra alguna

pa decir lo que sentí,

cuando a aquellos buques vi,
295

pasar cubiertos de espuma,

y haciéndose chiquititos,

entre el agua que cortaban,

mientras las olas que alzaban

nos hacían dar brinquitos.
300

El fin de aquel entrevero

mesmamente no lo vi;

porque hambriento me prendí

a una fuente de puchero,

quel tano, mi compañero,
305

pal uñate como luz,

le había hecho repeluz

a su amigo el cocinero.

Ya con el noque relleno

y con un taco de vino,
310

subimos... Un remolino

de barcos, dentro de un trueno

de músicas, cañonazos,

¡Vivas! ¡Burras! ¡Griterío!

Palmoteos del gentío,
315

y hasta besos, y hasta abrazos.

Muy patente me hizo ver,

aunque no soy adivino,

quel patriotismo y el vino

se daban a conocer.
320

Vi en ese mismo momento...

(Lo que parece una broma)

¡Aquí nada la paloma

como en su propio elemento!

Estaba llena la mar,
325

mesmo como una nevada,

de una nube, una bandada,

que no hay ningún palomar

que pueda tenerla así.

Todas blancas, de un color,
330

con el piquito rosao

y todas, por decontao,

como charlando entre sí.

¡Ma mirra cuanto gaviano!

Dijo el tano alegremente,
335

gaviano, seguramente,

es paloma, en italiano.

Dentro el buque a caminar

como con rumbo pal puerto,

y yo de cansancio muerto,
340

recién dentré a respirar.

Allá en los barcos grandotes,

la gente se amontonaba,

y por escalas bajaba

y se metía en los botes,
345

mientras que en un redondel,

u mangrullo de soguitas,

un mozo con banderitas,

señas hacía en tropel:

y dentro del entrevero
350

salía un canto finito,

ansí como el golgorito

que hace en un tala un silguero.

El tano, ques un pillastre,

y da bromas a su agüelo,
355

me dijo: Mirra, esso uchello,

Si le yama contramastre.

En eso... El diablo Benita

no duerme... Un mozo al pasar,

quizo tirar agua al mar

360

y me la zampó todita...

Iba a darle... pero al fin

dijo el tano... ¡Per sa mama!...

Ésa e la sorte, e se yama,

Battesimo, don Martín.

365

Al oscurecer llegamos

al puerto: estaba molido

estropiao y dolorido,

y ahí mesmo desembarcamos.

Ansina, a lo de Rebollo
370

caí esa noche cansao,

tuavía medio almario,

y hecho sopa como un pollo.

Carta cuarta
Carta cuarta

¡25 de Mayo! -La noche. -La madrugada. -Saludo al sol de Mayo. -El himno cantado por los niños. -Enternecimiento. -El hogar y la patria. -Fe en el porvenir. -El desfile de las tropas. -La llegada de la comitiva oficial. -Admiración por el «piqueur» del tren presidencial. -La Infanta. -Embajadores y delegados. -Entrada al Tedeum.

Hoy «¡25 de Mayo

de mil novecientos diez!»

me he levantao a las tres,

para ver el primer rayo

de nuestro sol venerao,
5

el que en los cielos impera,

el que en la patria bandera

¡con gloria el mundo ha pasiao!

Estaba oscuro: el pampero

volando alegre pasaba,
10

y allá a lo lejos brillaba

pal lao del río el lucero.

Arriba de la ciudá,

se vía un gran resplandor,

y se sentía un rumor
15

como de una tempestá,

desas que vienen rodando

con los negros nubarrones,

que parecen train cañones

que vinieran fogoniando.
20

A veces, gritos sin fin

hacían temblar la tierra,

como en un campo de guerra

el alarido de un clarín.

Otras, una palmotiada
25

cruzaba muy alto el cielo,

igual que si fuera el vuelo

aleteo de una bandada.

Yo creía ser el primero

que me hubiera levantao,
30

pero me había engañao

en este orgullo altanero.

Nadie en el pueblo dormía,

todos con ansia esperaban,

a que el naciente alumbraran
35

las luces del nuevo día.

Sin esperar la llegada

del amigo Nicanor,

ya me dentró un escozor

de largar la disparada.
40

Y a la juría, como un rayo,

ya le empecé a menudiar

un trote muy rigular,

pa la Avenida de Mayo.

Cuando llegué a aquel plazón,
45

que más antes te nombré,

ya llenito lo encontré

de cristianos en montón.

Ya empezaron a llegar

muchachos como hormiguero,
50

y ya entró el entrevero

de ¡vivas! y el palmotiar.

Los chiquilines ufanos,

traían cintas de colores

patrios, y ramos de flores,
55

en el pecho y en las manos.

Y en cada escuadrón, ansina,

como de madre sirviendo,

iba el vientito batiendo,

una bandera Argentina.
60

En el corazón sentí,

como un ñudo de pesar,

al no poder ver formar

a nuestros hijos allí,

y más, cuando un redepente,
65

de golpe, de zopetón,

cruzó un trueno de cañón

y un repicar imponente,

y todo el pueblo, enterito,

entusiasmo, soberano,
70

como de un solo cristiano

largó a las nubes un grito.

Grito que nunca se oyó

igual en el mundo entero,

y que en mi vida no espero
75

volver a escucharlo yo.

Con ese clamor mezclao,

El ¡Oíd mortales! se alzó

porque el grito que estalló

mesmo; era ¡el grito sagrao!
80

Pensé en vos, en tus cariños,

de mi rancho en el rincón...

¡Porque la patria canción,

era cantada por niños!

Porque en ella iba una queja
85

a una esperanza mezclada...

¡La patria de aura, almirada,

unida a la patria vieja!

Mis ojos, dos manantiales

eran, y en llanto deshecho,
90

comenzó a gritar mi pecho:

«¡Oid mortales! ¡Oid mortales!»

Y solo, oscuro, perdido,

pobre gaucho del desierto,

vi, que lo que creiba muerto,

95

había otra vez nacido;

que aquello un nuevo bautismo

era del viejo pasao;

que el argentino, olvidao

no había su patriotismo.
100

¡Que a pesar de los extraños

que en nuestra tierra hospedamos,

la patria siempre adoramos

lo mesmo que hace cien años!...

¡Con mil cruces en montones,
105

juro, por nuestros hijitos,

que estos momentos benditos,

no los cambio por millones!

El día empezó a clariar,

y pa la parte del río,
110

en un tropel el gentío

ya comenzó a disparar.

Yo cabrestié voluntario,

siguiendo la correntada,

pues no hubiera lograo nada
115

con forcejar al contrario.

Cuando llegamos al fin

que aquí le llaman el puerto,

creí que no estaba dispierto,

al columbrar el sinfín
120

de barcos, de mil naciones,

y hechuras lindas o fieras,

tuitos llenos de banderas

y con morrudos cañones,

que llenaban un zanjón
125

por la drásena nombrao,

al uno y otro costao

aliñaos en formación.

Las banda de cada buque

tocaba alegres dianas,
130

y a lo lejos las campanas,

levantaban un batuque,

mientras que de humo en un vuelo,

y haciendo mil firuletes,

iban las bombas y cuetes
135

a reventar en el cielo.

El sol, ese sol que adoro,

sobre el agua aparecía,

y en ella un manto tendía

de piedras finas y de oro,
140

y a su resplandor primero,

se vio en todas direcciones,

brillar de los batallones

las bayonetas de acero,

que al repiquetiar marcial,
145

de los tambores de guerra,

serpentiaban por la tierra

cual víboras de metal.

Redepente, entre los sonos

de aquel barullo contino,
150

se oyó un silbidito fino

como el de los charabones.

-¡Ahí vienen! -gritaron, llenos

de entusiasmo los presentes

-¡Ahí vienen los cotigentes
155

de los cadetes chilenos!

Yo no sé lo que pasó

en aquella disparada,

en que como hacienda alzada

la gente arremolvió.
160

No sé si al paso u al trote,

por el aire u por el suelo,

nadando, andando, u al vuelo,

anduve un trecho largote,

porque me vine a encontrar
165

cerquita a la Catedral,

sin un botón, ni un ojal

en mi ropa de pasiar;

con el ponchillo rompido,

la golilla desatada,
170

la bombacha algo estropiada,

y un dolor en el vacido.

Por fortuna, el tirador

lo tenía en su lugar,

y a lo que pude tantiar,
175

en el estado mejor.

En el mismo redemente

dentraron los chilenitos

todos muchachos, bonitos,

y marchando lindamente.
180

Delante del batallón

venía un mocito altote,

que traiba como un garrote

con mucha borla y galón.

¡Bien haiga el mocito alhaja
185

a quien todos almiraban!

«Tambor Mayor» le llamaban,

pero era un tambor sin caja.

Del bastón a un revolido,

la banda lisa tocaba,
190

y en cuanto ansina lo alzaba,

ya comenzaba el chiflido

de unos pitos chiquititos

cual cigarro de la paja,

que acompañaos con la caja
195

hacían sus golgoritos.

Con una facha muy bella,

otro de planta altanera,

traiba en alto la bandera

tricolor con una estrella.
200

¡Qué palmoteos devinos

se oyeron allí estallar!

¡Y qué tremendo vivar

a chilenos y argentinos!

Yo pensé -¿Pero endeveras
205

estuvimos por peliar

un día? Hay que confesar

que también las borracheras

suelen los países sufrir,

como suelen los cristianos,
210

y así, se van a las manos

sin pensar y sin sentir.

Marchando a la retaguardia,

güenos mozos y paquetes,

veníán nuestros cadetes,
215

como de escolta u de guardia

de sus hermanos chilenos,

y pa decir la verdá,

no había desigualdá

entre ellos: ni más ni menos.
220

Solamente reparando

en la marcha, fue notada,

que con la pierna estirada

y la tierra pisotiando,

los chilenitos marchaban
225

muy tiezos y agarrotaos,

mientras que nuestros soldaos

más natural caminaban.

Siempre el chileno, pintor

fue en estas cosas de andar,
230

y no hay más que recordar

su caballo braciador.

Pero en la paz, u en la guerra,

una son las dos naciones,

ya marchemos remolones,
235

u ya patiemos la tierra.

De aplauso una tremolina,

entre viejos y muchachos.

Se sintió al ver los penachos,

con la bandera argentina,
240

y entre el contino vivar,

que entusiasmaba a cualquiera,

se vio pasar la bandera

de la Escuela Militar.

A este y aquel batallón,
245

de un lao y otro de los Andes,

soldaos de naciones grandes

les siguieron en montón.

Los italianos pasaron

entre un purito clamor,
250

de admiración y de amor,

que a una voz todos alzaron.

Después vinieron franceses

al son de una marcha hermosa,

y en colona muy rumbosa,
255

los alemanes e ingleses.

Del Portugal la legión

se presentó en gran parada,

y en seguida... ¡una monada!

¡Los chinitos del Japón!
260

¡Habías de ver, Benita!

Toditos eran iguales,

y como primos carnales

de nuestra gente criollita.

Todos tenían la marca
265

morochita, pajuerana...

¡Si llevarlos daba gana

pa Salta o pa Catamarca!

A uno que yo me acerqué

le dije: -¿Vos sos de acá?
270

Y él contestó: -tjit-ni-tjá

ques: -«¡Para servir a usté!»

Tras de esos, lindos, iguales,

y marchando muy ufanos,

vinieron nuestros hermanos,
275

los valientes Orientales.

En su bandera devina,

sobre la que caían flores,

vi la historia y los colores,

de la bandera Argentina.
280

Igual la sangre y el brío,

en el corazón llevamos...

Por eso nos abrazamos,

a través de nuestro río,

de nuestro río de Plata,
285

que ha sabido un nombre darnos,

y que en vez de separarnos

más estrechito nos ata.

Para este sitio he dejao,

con malicia e intención,
290

hacerte la relación

de lo más lindo y mentao...

Han de pasar tantos soles

cuantos sobre mí pasaron,

pa olvidar lo que dejaron
295

en mi alma los españoles,

cuando los vi defilar

por frente a la iglesia santa,

en que hoy mesmo se levanta

aquel memorable altar,
300

en el que entre oro se ve

la gloriosa Trinidad,

que puso allí su piedá,

su decisión, y su fe.

La que dio el nombre primero
305

a esta ciudá poderosa,

que hoy recibe cariñosa,

y con amor verdadero,

a la madre, a la nación,

que esta tierra descubrió,
310

y generosa nos dio

alma, sangre y corazón.

A la que si en el pasao

su poder desconocimos,

no por hacerlo rompimos
315

el lazo eterno y sagrao,

que siempre estuvo y está

más rebusto cada vez,

porque es nuestra historia, y es

nuestro orgullo y vanidá.
320

Después de haber defilao

entre aplausos estas tropas,

les tocó el turno a las nuestras,

que no se quedaron cortas,

en el garbo melitar,
325

con que se portaron todas.

El regimiento primero,

que al mismo tiempo es escolta,

y se llama «Granaderos

a caballo», como una honra,
330

pues recuerda a aquellos bravos

tan mentaos en nuestra historia,

se presentó como un chiche,

llenando la calle toda

con sus bravos escuadrones,
335

de gente linda, güen moza,

montada en pingos amacho,

y vestida en una forma,

que los viejos «granaderos»

nos traían a la memoria.
340

Tras de esos, los coraceros

venían que era una gloria,

con sus sombreros de fierro,

de los que caiba una cola

bien painada y sin abrojos,
345

que les agarraba toda

la espalda, también de fierro,

como de la misma forma

era el pecho relumbrante

como espejo, ¡linda moda,
350

pa defender al cristiano

de una lanzada traidora!

Después, venía detrás,

otro cuerpo, con más colas,

siendo estas blancas, y caindo,
355

ansina dende la copa,

igual que un sauce llorón

que en mil hilos se desfloca.

Un mozo que estaba allí,

y parecía persona
360

laída, dijo que fulanos

los llamaban en Uropa

a aquellos soldaos, armaos

de lanzas con banderolas,

con los pechos coloraos,
365

llenos de bandas y borlas.

Después deso, vino un mundo

de gente de todas formas:

artilleros con cañones,

mulas cargadas de cosas
370

que parecían carretas,

medias deshechas u rotas;

mocitos montaos en ruedas,

y con fachas de langostas;

y después, la infantería,
375

que me parece que a esta hora

entavía está pasando,

¡así era de tamañota!

Lo que me almiró deveras,

fue ver en medio de todas
380

estas gentes, batallones

con unas palas largotas

de puntiar, picos, azadas,

y unas hachas muy filosas.

Yo creo que eran colonos
385

alquilaos pa la patota

de la formación aquella,

a la que no vi la cola,

porque ya me arrempujó

el gentío echo pelota
390

a los gritos de «¡Ya viene!»

que rugió un millón de bocas.

Mientras «la seguridad»,

voráz y atropelladora,

nos metía los caballos,
395

gritando: -¡Paso, que estorban!

¡Recúlense para atrás!

¡Dejen que pase la tropa!

Porque ahí viene suselencia,

con su comitiva, toda,
400

y también viene la Infanta

de la nación española,

y el Presidente de Chile,

con ministros y señoras,

y mandados, arzobispos,
405

sipotenciarios de Uropa,

jefes de toditas partes,

dotores, y otras personas

grandes, laídas y escrebidas,

que ni en un año se nombran.
410

Lo mesmito que un mataco

que al correrlo se hace bola,

me retobé lo posible

detrás de una planta altota

que estaba allí, mesmamente,
415

como pa que una persona

se pudiera resguardar

de aquella gente cargosa,

que, menudiándole encuentro,

quería que a toda costa
420

uno le abriera camino,

pa que ella estuviera cómoda.

En eso... (yo no sé como

poder contarte la cosa,

Benita, pues aura mesmo,
425

en la cabeza una polca

me baila cuanto allí vide,

lo mesmo que si una mona

Morruda, hubiera tomao,

y sucedidos e historias,
430

barajara pal revéz

en una gran mazamorra),

primero, vide venir,

en una carrera loca,

un montón de Granaderos,
435

de los que forman la Escolta,

como alma que lleva el diablo,

galopando presurosa,

y con un ruido tremendo,

pasó en sus fletes la tropa,

440

que sofrenó de un tirón,

frente a la puerta grandota

de la Catedral. Hay mesmo,

en un pingo, rica cosa,

montao al uso de extranjis,
445

con más flecos y chirolas,

galones, chafalonia,

y pilchas nuevas en hoja,

se presentó... yo no sé...

güeno... un manate de nota,
450

con un guante en cada mano,

y los dos pieses con botas

recién hechas, de charol,

espuelitas a la moda,

ansina, de cajetilla,
455

desas torcidas en forma

de las espuelas del gallo,

con una galera altota

que rejucilaba al sol,

como de vigrio u de loza;
460

bien parecido, afaitao,

con una cara seriota,

sin mirar pa ningún lao,

y tieso como una escoba.

Yo me refalé el sombrero,
465

creyendo que esa persona

fuera el mesmo presidente,

mucho más, al ver que toda

la gente lo mesmo hacía,

y que con mil palabrotas
470

a unos carcamanes rubios,

que serían de la Uropa,

ansina, de Ingalaterra,

ques diande vienen las bolsas

desas monedas chiquitas
475

que llenitos de bamboya

llaman los puebleros «libras»

no pesando ni media onza,

hicieron unos mocitos

que se quitaran las gorras
480

-¡Viva Suselencia! -dije,

por decir alguna cosa.

Todos se echaron a rair,

y le jugaron chacota.

Yo medio me retobé
485

porque no recibo bromas,

y menos de compadritos,

y haciendo la pata anchota

les dije -¿De qué se rain?

¿Tienen achuras de sobra,
490

y andan buscando un dotor

que en su lugar se las ponga?

Yo aquí estoy para servirles,

y no hallarán ninguna otra

mano mejor que la mía
495

pa dar un tajo a una bolsa.

Diciendo esto, eché la mano

a la cintura... ¡ni jota!

Mi cuchillo vaina e plata,

en un cajón de la cómoda
500

lo había dejao guardao,

en mi cuarto de la fonda.

¡Bonito papel hacía

si los cumpas de la broma

se dan cuenta de que yo
505

me hallaba en aquella forma!

¡Que me componía el pecho

pero quera pura boca!

Por suerte se acoquinaron,

y en una sentada sola
510

se echaron patrás de un golpe

aplastando a una señora,

que chilló como un chanchito

cuando le aprietan la cola,

-Ud. perdone, señor
515

-dijo uno con voz temblona-

no ha sido por ofenderlo

¡cualquiera se equivoca!

Ese hombre que Ud. tomó

por el doctor Figueroa,
520

es el picador.

-¿El qué?

Dije yo: -¡Basta de bromas!

¡Más le picaba a su agüela

la tuerta, bisca, u bisoja!

¡Picador! ¡Está bonito!
525

¿No se l'ocurrió otra cosa?

¿Piensa usté que voy a creerme

que la autoridá se forma

de un modo, ansina, ordinario,

como una carreta criolla,
530

que precisa picador

pa que ande? -¡Gente curiosa!

Tuitos allí me miraban

abriendo tamaña boca,

como si yo fuera un bicho
535

de alguna tierra lejota,

diande es el urugután,

el lefante u la hipopota,

bichos todos a que he visto,

y esta carta no menciona,
540

por hallarte en el estao

en que estás, y que no es cosa

que vaya a nacer el chico

con una cara fierota.

Paeso, mientras alegábamos,
545

ya una volanta lujosa

tirada a cuatro caballos

ensillaos a la dumona

(asigun dijo un letrao

que estaba tomando notas)
550

y que parecían, mesmo,

de los del circo de lona:

de aquellos volatineros

que trabajaban en Córdoba

¿te acordás?... güeno, lo mesmo...
555

Y dentro de la carozza

venía (esta vez de veras)

el presidente en persona,

con una viejita gruesa,

con vestimenta lujosa,
560

que se raiba y saludaba

para una parte y para otra,

mientras todos palmotiaban,

gritando, no sé qué cosas...

Yo, por no quedarme atrás,
565

aunque con la voz muy ronca,

le largué un ¡viva! redondo,

y le hice una ceremonia

ansina, con el sombrero...

Y no fue al ñudo la cosa,
570

porque ella me columbró,

y muy güena y muy llanota,

el saludo me volvió,

siempre con risa en la boca...

Ese saludo, Benita,
575

cayó en mi alma media loca

de entusiasmo, como caí

en el desierto una gota

de agua fresca, o en la piegra

que cubre a un muerto, una rosa.

580

No tengas celos, mi china,

porque en aquella señora

vide algo como mi madre,

¡Quel Señor tenga en su gloria!

Y, mesmamente, una madre
585

pa todos esa matrona

representaba, porque era...

(¡Ya lo sabrás de memoria!)

La Infanta doña Isabel,

la más alta embajadora,
590

que a nuestra tierra Argentina

(la hija mimada y hermosa)

podiera mandar España

trayéndole su alma toda.

No te haré la relación,
595

que ya sería largota,

de lo que vino detrás

en aquella ceremonia;

pues era un montón de coches

con mucha gente lujosa,
600

toda llenita e bordaos

de oro fino, plumas, borlas,

medallas, cintas, cadenas,

cordones, fajas y piochas,

lo mesmito que un altar
605

de una santa milagrosa...

Salió de la Catedral,

con una cruz muy altota,

otro pelotón de curas,

vestidos con camisolas,
610

como las que te compré

pa cristianar a Petrona,

y en medio del Hino Patrio,

tocao por las bandas todas,

el repique de campanas,
615

el estruendo de las bombas,

y el vocerío tremendo

de cientos miles de bocas;

bajo los rayos del sol

que parecía una gloria,
620

pa oír cantar a un tal Tadeo,

ques un cantar a la moda

de décimas pa los santos,

dentro a la iglesia, con pompa,

el Presidente, la Infanta,
625

y la cometiva toda.

Carta quinta

Carta quinta

La Exposición Rural. -Ante el ganado. -Máquinas Agrícolas. -Recuerdos de los antiguos tiempos y de la labranza primitiva. -En un concurso de aviación. -Sorpresa inaudita. - El concurso hípico. -Las carreras. -Ganancioso por casualidad. -Las Exposiciones en construcción. -El Congreso Panamericano. -Otras conferencias. -Profusión de oradores. -Se decide a comprar el potrillo pangaré.

He estao en la Exposición

que ha preparaao la Rural,

pa comprar el animal

que sea de mi elección.

Todo cuanto diga, es poco

5

y referirlo no sé,

porque cuanto allí se ve,

es para volverse loco.

¡Qué vacas! ¡Qué parejeros!

¡Qué toros! ¡Qué caballada!
10

¡Qué crías! ¡Qué mestizada!

¡Qué ovejas y qué carneros!

¡Qué fletes de andar! ¡Qué yuntas!

¡Qué petizos! ¡Qué frisonas!

¡Si están en esos galpones,
15

todas las estancias juntas!

¡Si de ver uno no acaba

la riqueza que hay allí!

¡Solo de escribirlo aquí,

se me está caiendo la baba!

20

Al ver hermosuras tales

siento un orgullo profundo:

¡Podemos correr al mundo

tan solo con animales!

¡Siento que estés en el rancho,

25

y no conmigo, mi china,

al mirar tanta gallina

ponedora, y tanto chancho,

tanta paloma casera,

tanto pato y gallineta,
30

de que atascada, repleta,

se almira la pajarera.

Quisiera tener la plata

de Peraira u Anchorena,

pa tanta cosa tan güena
35

poder llevarte, mi ñata;

pero qué hacerle al dolor,

si el perro mundo es ansina:

¡Si uno nació para espina,

y otro nació para flor!

40

Poco te diré, Benita,

en custión de maquinaria,

como de vetenaria,

ques una sencia infinita,

pues pa curar animales,
45

hay más doctores aquí,

que hay cardales por allí,

¡Y fíjate si hay cardales!

Hay de máquinas, sin fines,

pa dar agua, pa hacer luz.
50

Yo creo, ¡por esta cruz!

¡Que hasta pa hacer chiquilines!

Vos ves unos cajoncitos,

bien hechos, asiaos y nuevos...

los tapas, llenos de güevos,
55

los abris... ¡puros pollitos!

Hay un cuarto, como almario,

de yelo, donde una res

encerrás, y la comés

para el otro centenario.
60

De fierro, dentro de un buje,

cual mangangá rezongando,

hay unas ruedas, rodando

sin que naides las empuje.

Dicen que en ellas está,
65

aprisionada en su afán,

esa juerza del imán

que llaman letricidá.

Deai pal movimiento entero

sale un bárbaro poder,
70

que hace todito mover

con unas cinchas de cuero.

Y mirás todo ese infierno

de fierros, grandes y chicos,

que hacen, dende el pan de picos,
75

hasta los paines de cuerno.

Con las vacas, no hay porfía,

ni cinchón para maniarlas,

hay máquinas pa ordeñarlas,

sin apoyarlas la cría.
80

Dirás que es un disparate,

y es lo cierto, te repito

un balde te dan llenito,

mientras vos chupas un mate.

¿Y de araos? ¡No digo nada!
85

Igual que de sembradoras,

de rastras, de segadoras,

pa alfalfa, trigo, u cebada.

¡Qué lejos, Benita, estamos

de aquel arao con mancera,
90

de una reja, chica y fiera,

con que nuestra tierra aramos!

Cuando detrás caminando,

del guai osco y del chorriao

iba yo, medio despiao,
95

la tierra virgen melguiando;

de aquellos guaices, uñidos

al yugo de palo tosco,

que al grito de ¡Chorriao! ¡Osco!

Daban humildes mugidos,
100

y con la cabeza baja

a mi grito obedeciendo,

iban en la pampa abriendo

de tierra negra una faja.

¡Ya todo eso se acabó!
105

¡Tantas cosas se acabaron!

Pero si aquellas pasaron,

siempre las recuerdo yo;

porque aunque en buena salud

hoy disfrutamos la vida,
110

nunca el corazón olvida,

sus años de juventú.

Pobres éramos; pasamos

una punta de estrecheces.

Pero hoy, mirá como a veces
115

al mirarnos suspiramos,

y no es falta de pasión

lo que nos aflige ansina.

¡Es que no es lo mesmo, china,

el rescoldo quel tizón!

120

Como no es igual charlar

garifo y sin una lata,

que cuando uno tiene plata

de sobra pa voraciar.

Güeno, bajemos la prima
125

y dejemos las tristuras...

¡Que siempre hay nubes oscuras

en la tarde más devina!

Muy pronto abrazarte espero,

que en volver al rancho tardo,
130

como peluza de cardo

que hace volar el pampero.

Y ya que hablo de volar,

dejame decirte aquí,

lo que, yo no sé si vi,
135

o tal vez llegué a soñar.

En un potrero vecino,

que le llaman el podromo,

y hay una ramada, como

un gallinero de pino,
140

en que de todos colores,

con plumas y bien pilchadas,

se miran allí, estibadas,

mil familias de dotores:

dos gringos, a cual más fiero,
145

con gorros hasta las cejas,

y tapadas las orejas

con unas cosas de cuero,

se presentaron llevando

un rarísimo almatrote,
150

que arrempujaron al trote,

a toda juria arrastrando.

Yo me hice aquello explicar,

preguntándole a un vecino,

que me respondió ladino:
155

-Son máquinas pa volar.

Fue tanta la rabia mía

al creerme tomao por lelo,

que le dije: -¡De su agüelo

vaya a rairse, u de su tía!
160

-Yo no me burlo, paisano

-me contestó con güen tono-

ésa máquina es un mono..

-¿Qué dice?

-Es un monoplano.

De nuevo me retobé,

y mirándolo a la cara,

165

le retruqué con voz clara:

-¡Mucho más mono es esté!

El hombre no se enojó,

y me explicó con pasencia,

unas cosas de la sencia
170

de viación... u ¡qué sé yo!

-Aura verá en el cajón,

maniobrar el hombre aquel,

y como sale, en tropel,

bien prendido del timón;
175

Y en menos que un gallo canta,

con aquella maquinita,

hace andar esa ruedita,

y en el aire se levanta.

Y, mesmamente, así jue,
180

como me dijo aquel hombre...

¡Ya no hay nada que me asombre

más que lo que presencié!

No te diré más razones

sobre este particular,
185

pero ¡yo he visto volar

¡A un hombre con dos cajones!

Todo el mundo palmotiaba

y gritaba ¡Viva! ¡Viva!

Y cada vez más arriba,
190

el pájaro aquél volaba.

Porque era ansina, patente,

un pájaro, aquel malvao,

y vos hubieras dudao,

de que aquél bicho era gente.
195

¿Has visto encima del rancho,

cuando hemos carniao en casa,

como con porfía pasa

por los aires un carancho,

y se oyen mil gangolinas,
200

de gritos y confusiones,

conque salen, a montones,

del cicuta las gallinas?

Pues nada puedo encontrar

a aquello más igualito
205

abajo, grito y más grito,

¡y él volar, y más volar!...

Al fin el hombre bajó,

con toda felicidad.

¡Vieras qué barbaridá
210

China, lo que allí pasó!

Todos querían tocarlo,

o ponerselé cerquita,

y hasta una moza bonita,

vino corriendo a abrazarlo.
215

Yo con mil cavilaciones,

me alejé de aquel lugar,

pensando: «¡Hasta pa volar

hoy son güenos los cajones!»

Salí de ahí como un borrico
220

asustao, cuando pasó

un mozo, y me preguntó

-¿Se acabó el «concurso y pico»?

-¿Qué dice, amigo? -medio opa

contesté -¿Riña de gallos?...

225

-¡No! ¡Los saltos de caballos!

¡El premio de la gran copa!

-¡A éste le falta un tornillo!

Pa mi poncho dije yo,

pues vide que se riyó,

230

como un loco, o como un pillo.

-Ya veo que no es pueblero

-siguió aquel hombre riyendo-

le aconsejo vaya yendo

pa ese con curso, aparcerero,
235

allí se divertirá

viendo los pingos volar.

¡Casi me pongo a temblar

al oír tal barbaridá!

-¡Cómo! ¿Los fletes también
240

se hacen pájaros hoy día?

¡Por Dios que no lo creería,

si un hombre, ansina, de bien,

como por su ropa nueva

usté a la cuenta ha de ser,
245

no me viniera a vender

de zopetón, esa breva!

¿Y ande es eso?

-En el portón

grandote que allí se ve...

¿Quiere venir?

250 -Güeno, iré,

aunque no lo craiga, don.

¡Había sido verdá!...

Güeno... Volar... tanto, no;

pero te asiguro yo,

ques una temeridá,
255

lo que sin más aparatos

que unos palenques altotes,

hacen esos barbarotes

que más que pingos, son gatos.

Por oficiales montaos,
260

vienen a toda carrera,

Y ¡zas! saltan la tranquera,

y siguen muy desahogaos.

La custión es, la parte alta

del palenque no tocar,
265

pues si la llega a voltiar,

ya le atracan una falta.

Algunos, un molinete

hacen de golpe, al llegar,

lo cual obliga a cerdiar
270

en el cogote al jinete.

Pero hay otros... ¡Virgen mía!

que son lo mesmo que cabras,

y yo no tengo palabras

pa contarte su osadía.

275

También saltan un jagüel

como un arroyo de anchote,

si lo yerran, de cogote

va el pichón de coronel.

Y la opinión que siempre anda
280

con la suerte acollarada,

le da al caído una silbada,

y al feliz ¡vivas! y banda.

También vide las carreras

que llaman del yoque-clu.
285

Mucho lujo, joventú

y plata por donde quieras.

Yo, pa decir la verdá,

aquello no comprendí,

vi caballos, eso sí,
290

de mucha velocidá,

pero corriendo en montón

y montaos por volantines,

en silla, con espuelines,

y estribando muy cortón.
295

Después, purita campana,

y relojes y tableros,

y números, y entreveros,

y griterío y jarana.

Yo, por no andar aburrido
300

y pa la suerte probar,

me jui para un palomar,

con un mozo en cada nido,

que le llaman el es pior...

güeno... algo ansina en inglés,
305

y allí, pedí dos u tres

boletos de lo mejor.

Me los dieron, los guardé,

y llevándome una lista,

pa un cerco que llaman pista,
310

despacito me largué.

A un mozo que estaba liendo

le pregunté: -La tercera,

¿cuándo es?

-Es esta carrera

que aurita vienen corriendo.
315

¿Tiene boletos?

-Dejuro.

-¿Me los muestra?

¿Y por qué no?

-Usted también, como yo

Boletos compró a Pan duro.

-¡Cómo! ¡Yo compré a un caballo!
320

¡Yo no he compraó pan ninguno!

-Sí así se llama el lobuno

que viene en punta, tocayo.

Mireló... ¡Viene solito!...

...¿Pero ese otro que lo alcanza?
325

¡Ahijuna! Si es ¡Sancho Panza!

¡Un mancarrón de carrito

de panadero!... ¿No ve?

¡Para esto la plata expongo!

Aquí hay ¡tongo!, amigo ¡tongo!
330

¿No se lo decía a usted?...

-A mí no me ha dicho nada,

y menos eso tan fiero...

-¡Pues sí venía primero

ganando a la disparada!
335

Y aura... mírelo... se ha echao,

¡ése canalla de yoque!...

¡Vea amigo!

-No me toque,

que ya veo.

-¡Está compra!

¡Por un cuerpo y medio o más,
340

la ha perdido el miserable!

¡Y usted no quiere que yo hable!...

¿Que no quiero? ¡Hable no más!

Si ya en la misma balanza

en un rinconcito oscuro,
345

hablaba el yoque «Pan Duro»

con el yoque «Sancho Panza».

¡Y era la matufia viva

que acaban de hacer aquí,

lo que trataban allí,
350

pa echarnos patas arriba!

Mis tres boletos saqué,

pa romperlos, y el paisano

aquel me agarró la mano

diciendo: -¡Si son placé!...
355

¡No los ruempa! ¡En este mundo,

la suerte es ciega aparzero!

¿No ve que en vez de primero

Pan duro llegó segundo?

-¿Y? Perdió. Que duda cabe...
360

-¡Pero si es placé, le digo!

Vaya a cobrar.

-Mire amigo,

no soy ningún loco... ¿Sabe?

Si me ha tomao pa la risa

medio a medio se ha engañaio,
365

yo a más de un guapo, he dejao

por faltarme, como en misa.

-Güeno; démelos a mí,

si no los quiere cobrar...

Yo medio entré a desconfiar
370

al ver que me hablaba así.

-¿Y ande pagan? -dije yo,

más calmao.

-Ahí, aparzero

en el mesmisimo aujero

ande usté los alquirió.
375

¡Ya no tengo más que ver,

ni hay naides que vea más!...

Aquí al que viene detrás,

a ese le llaman placer.

Medio medio desconfiao,
380

los boletos presenté,

al mozo a quién los compré,

y habiéndolos revisao,

de una cajita de lata

un rollo grande sacó,
385

y contao, me presentó,

¡un montonazo de plata!

Mucho más te contaría,

si el tiempo no me faltara,

porque aquí hay asunto, para
390

otro tanto todavía.

Pero es juerza contentarse,

con lo que ya te he escrebido,

que me parece que ha sido

como hasta pa publicarse.
395

Depués, hay mucho que está,

como quien dice, en «veremos»

y explicar lo que no vemos

es una dificultad.

Hay sus morradas hetarias
400

de casas en construcción,

que son para exposición

de estuatas y maquinarias.

De cosas para curar,

a los hombres que padecen,
405

y otras, que un surtido ofrecen,

de cosas para matar.

Después, hay de mueblería,

de calzao, de comestibles,

de alumbrao, de bebestibles,
410

de ropa, y ferretería.

El trigo, por de contao,

como el lino y la cebada,

tienen casa preparada,

con todo bien arreglao.
415

En fin, Benita, aquí está,

en apiñado montón,

todita la creación

la campaña y la ciudá.

A más dicen que vendrán
420

de todas partes, dotores,

y hasta unos amasadores

muy mentaos, de cierto pan

que le han puesto «americano»,

que todo el mundo pondera,
425

y que ha de ser de primera,

porque es amasao a mano.

Si el pensamiento se aceta,

y yo por aquí estuviera,

te llevaría, aunque fuera
430

una bolsa de galleta.

Dicen que van a juntarse

los médicos y abogaos,

pa arreglar unos trataos

que están por embarullarse.
435

Yo, mi china, tengo miedo,

questos con tanto alegar,

en vez de desenredar,

no embrollen más el enrielo.

Para celebrar la cosa,
440

mi güena vida se dan;

comen bien, beben champán,

(ques limonada graciosa)

y en el pueblo, esta chuscada

se canta en diversos modos:

445

«Limonada, beben todos

y el pobre naranjo, nada.»

Aunque más que bebedores,

se observa en estos momentos,

como han salido por cientos,
450

los mozos discursiadores,

pues no hay clu, plaza u café,

que en una silla, o un tronco,

no esté un mozo, medio ronco,

gritando, y o no se qué.
455

Yo no he sentido, endeveras,

en medio a la confusión,

más palabras que: ¡Nación!

¡Libertá! ¡Patria! Banderas!...

Y basta y sobra, con eso,
460

pa volver la gente loca,

que grita abriendo la boca,

a reventarse el pescuezo.

Ya se me acerca el momento

de volverme por allá,
465

en donde mi amor está

y vive mi pensamiento.

Lo único que me detiene,

es la cusión del padrillo,

porque entre tanto potrillo,
470

no acierto cual me conviene.

Creo que me he decidido

por un pingo pangaré;

esta noche pensaré,

y si me resuelvo ¡envido!

475

Carta sexta

Carta sexta

¡Robado! -Es Nicanor el ladrón. -Como descubrió el robo al ir a pagar el potrillo, que describe con sentimiento. -Quejas por la decepción amistosa, más que por el dinero hurtado. -Trata de volverse a su pago. -¡Sorpresa! -Recibe una carta que toma al principio por una broma. -¡Era verdad! -El rico estanciero dueño del potrillo se lo regala, herido de que en el primer centenario de la patria, un representante de los valientes gauchos de 1810, sea burlado en la ciudad, cuando ardiendo de patriotismo, ha venido desde la pampa, a festejar las viejas glorias. -Vuelta jubilosa a su hogar campero.

¡Benita! ¡No te asustés,

pero rejuntá valor,

que te va a causar horror,

lo que te escribo esta vez!

Yo mismo, haciéndome bola,
5

me he refugiao en mi encierro,

que estoy lo mesmo que un perro

al que le han cortao la cola.

Yo no sé como decirte

lo que me pasa... Lo pienso,
10

y al pensarlo me avergüenzo,

y no me atrevo a escrebirte.

¡Este mundo está perdido!

¡No hay un hombre en quien confiar,

y el que medio rigular,
15

de golpe se hace un bandido!

Dirás que lo que me pasa,

lo tengo bien merecido,

porque según vos, he sido

siempre el sonso de la casa.
20

Pero eso es puro un decir,

porque pal pillo u ladrón,

no hay viveza, en la ocasión,

que al hombre pueda servir.

Ayer voy a la Rural,
25

por el asunto del flete;

saco el caballo del brete,

y no me parece mal.

Del lomo está parejito,

lo mismo que del encuentro,
30

le miro la boca adentro.

Es un potrillo nuevito.

El pescuezo es bien cortao,

y no tiene el anca chata,

le sobo bien cada pata...
35

tampoco está avejigao,

tiene linda la cabeza

alzada de buena pinta,

y en los ojos como tinta,

le hace llamas la viveza.
40

El propietario es un criollo,

que me lo arregla barato;

ahí no más cerramos trato,

y yo hecho mano a mi rollo.

Saco un papel, y me río
45

viendo otro, y digo: -Mi china,

me ha envuelto el dinero ansina,

pa defenderlo del frío.

Pero de cuatro en seguida,

con otro papel me encuentro,
50

y ya a incomodarme dentro,

con la barbara envolvida.

-No se apure; es necesario

tener calma -dice el criollo.

-Pero no ve que este rollo
55

es puro papel de diario!

Metiendo l'uña por medio,

ruempo a la juria el paquete:

¡No había allí...! ¡La gran siete!

¡Ni un nacional pa remedio!
60

Lo peor es que me miraba

el hombre, y reía a llorar,

y pal clavo remachar,

el potrillo relinchaba.

Yo, furioso como tuto,
65

el pelo me entré a arrancar,

y mil cosas a gritar,

pataliando como un bruto.

El hombre me dijo: -Vea

amigo: eso ha de ser
70

un chasco de su mujer.

-¡Un chasco!... ¡Puede que sea!

Contesté con güenos modos,

pues ya se juntaba gente,

y el cristiano ques prudente,
75

es respetado por todos.

-Voy a escrebirle a Benita,

por si me ha hecho esta jugada...

¡Vea que china malvada!

¡Darme, ansina, esta bromita!
80

Lleve el caballo pa dentro,

y échele pasto, aparcero...

Mañana traire el dinero

pa comprarlo, si lo encuentro.

-¿Y vive lejos, paisano?
85

-Cerquita de la estación

que llaman Custitución,

en la esquina de esta mano.

-Ya sé; en lo de Rebollo,

-Mesmamente, lo acertó;
90

Ahí fue donde me llevó

el que me alivió del rollo.

-Pues se lo voy a guardar

-contestó el hombre riyendo,

y ansina que se iban yendo,
95

volvió el pingo a relinchar,

como diciéndome: -«¡Pavo!

»por ser un gaucho inorante,

»te quedás en este instante

»sin flete, y sin un centavo!«
100

A trompezones salí

como un mancarrón bichoco,

y lo mesmito que un loco,

en un tranguay me subí,

qu'iba pa Custitución...
105

Mirá china: ¡qué herejía!

¡Custitución!... ¡Virgen mía!

¡Cuatrerismo y perdición!

¡Fuera su nombre apropiado,

porque allí mesmito jue
110

ande al canalla encontré

que la plata me ha robado!

Sí china: aquel Nicanor,

tan güenazo y tan ladino,

que me sirvió de pagrino,
115

de maistro y de protetor;

que me llevó al almacén,

que me amostró la ciudá,

que ganó mi voluntá

engañándome tan bien;
120

que al prencipio me pagó

todo cuanto gastó hacía,

porque por nada quería

que me incomodase yo;

quera como esclavo mío,
125

pa servirme voluntario.

¡Era un ratero ordinario!

¡Era un cuentero del tío!

¡Como quien a un chancho ceba,

así ese mozo ladino,
130

para sacarme el tocino,

me dio pelada la breva!

La noche quel desalmao

bolsiquió mi tirador,

acetando con rubor,
135

tartamudo y colorao,

un pucho de mi dinero,

una miseria, una nada,

porque dijo que olvidada

una cartera de cuero,
140

había dejao... no sé...

¡De pesos un montonazo!...

Ahí mesmo me hizo el cambiazo,

y con mi plata se jue.

Yo el tirador me prendí,
145

y como tenía suelto,

dende esa fecha, no he vuelto

a ver lo que hoy día vi.

En el fondín, mi desgracia

relaté con güenos modos,
150

¡Y al oírme riyeron todos...

a todos les hizo gracia!...

Fue entonces que recordé,

lo que el dotor me decía,

cuando el corazón sentía
155

envarao, y lo llamé:

-Mire, no tenga aprensión

usté está jüerte, está sano...

¡Qué corazón! ¡El cristiano

hoy nace sin corazón!
160

Si endeveras me querés,

no me reprendás, Benita,

puede que lo que hoy nos quita

Dios, nos devuelva después.

Lo que yo siento, ende veras,
165

es volverme para el pago,

sin nada para tu halago,

de tantas cosas puebleras

como he visto y cudiciao,

pa regalarte, mi china...
170

Ya ves ¡esta suerte endina,

a los dos ha maltratao!

Y también siento... (¿Por qué

no he de decirlo?) tan fiero,

quedar con el estanciero,
175

y dejar al pangaré.

Mesmo, estaba enamorado

dese flete ¡Virgen mía!

que retozando lo vía

ya en el potrero alambrao.
180

Al ñudo me aflijo... al fin,

debo a Dios las gracias dar,

que me ha dejao pa pagar

los gastos deste fondín,

y pa volverme a mi casa.
185

A naides quiero, eso sí,

que si pregunta por mí,

le digás lo que me pasa.

Vos sabés que en la ocasión,

naides nos ha de ayudar,
190

y pal prójimo achurar

siempre hay gentes en montón.

No importa, ha sido fierazo

el manotón, es verdá;

pero todo pasará
195

¡en cuanto te dé un abrazo!

¡Abro esta carta a la juria,

pa darte el gusto mayor!

¡Hay en el cielo un Señor

y es ingrato el que lo injuria!
200

No hay que desconfiar, ni menos

andar con la suerte a palos,

porque si hay hombres muy malos,

hay otros que son muy güenos.

Ve lo que me ha sucedido,
205

y me darás la razón

andaba medio tristón,

y como perro perdido,

liando mis pilchas y apero,

pa dirme pa la estación,
210

y tomar sin dilación

esta tarde el tren nochero,

cuando ligero, risueño,

y resollando apurao,

como un bagual asustao,
215

llega, de la casa el dueño.

Se me hizo, al verlo entrar,

una bola el corazón,

porque dije: -Este ladrón

cree que me voy sin pagar;
220

y más, cuando muy ufano,

y con aire de insolencia,

vi, que como una sentencia,

traiba un papel en la mano,

-¡Don Martín!... dijo temblando
225

y casi haciendo un puchero,

como al cantar pal carnero,

habla un cristiano, boquiando.

-No se apure, don Rebollo

-le dije de mal humor-
230

pa hacer a mi cuenta honor

no ha de faltar otro rollo.

-¡Pero si no es eso, amigo!

¡Había sido desconfiao!

¡Vea; no tome, cuñao,
235

la paja brava por trigo!

-¿Y entonces?...

-Escuchemé:

ahí está de la Rural,

un pión, con un animal,

que pregunta por usted.
240

-¿Un animal?... ¿Cómo ha dicho?

-¡No es pa tanto! ¡No se asombre!

-¿No dijo que por mi nombre

preguntó? ¡Qué raro bicho!

Solamente por acá
245

se pueden ver cosas tales...

¡Oír hablar los animales!

¡Solamente en la ciudad!

¿Y qué dijo?

-El hombre aquel...

(que fue el hombre quien habló)
250

por usted me preguntó,

y le manda este papel.

- A ver?... Alguna macana,

como dicen por acá

(leyendo)

¿Qué dice?... ¿Será verdad?
255

¿No será alguna jarana?...

Mire amigo don Rebollo,

no hay que jugar con la gente;

¡este horno está muy caliente

y ya no almite ni un bollo!
260

Tengo la sangre quemada,

por lo que aquí me sucede.

¡Y hasta un matao viejo, puede,

dar de rabia una patada!

Si es por tomarme por sonso
265

esta carta, al que la ha escrito,

le juro que entre un ratito

le están rezando el responso.

¿Qué se han craido estos puebleros,

que uno viene a la ciudá,
270

pa andar como un aperia,

a quien corren los matreros?

¡Vamos! Muestremé por fin,

a ese mentao lenguaraz...

-¡Había sido voraz
275

de carater, don Martín!

Venga a convencerse, amigo,

que yo con naides me juego.

Venga, que verá muy luego,

cómo es verdá lo que digo.
280

Ante tamaña razón,

voluntario cabrestié,

y así que al patio llegué,

me dio un brinco el corazón

allí estaba, pintorcito,
285

con el cabresto jugando,

llovedizo, y escarciando,

aquel pangaré bonito,

que me había enloquecido

dende el día en que lo vi,
290

y al que, pa dentro de mí,

ya lo daba por perdido.

¿Pa que entrar a relatarte

lo que habrás adivinao,

y queste papel amao
295

lías mejor podrá contarte?

Copio lo que me escribió

aquel criollazo argentino,

conque, güenazo el destino,

en mis penas me brindó:
300

«Amigo don Martín Oro:

Permítale a su paisano,

al estrecharle la mano,

que es de un hombre con decoro,

hacerle el ofrecimiento
305

del potrillo pangaré,

por el cual demostró usted

tanto interés. Solo siento

que esto que hago en este instante,

no se me hubiera ocurrido,
310

en el día en que afligido

fue usted, por aquel tunante.

Lo vi, mi amigo y señor,

por la traición ofendido,

Y que no era lo perdido
315

la causa de su dolor.

La tradicional y sana

honradez, del gaucho viejo,

vi en luminoso reflejo,

surgir de su alma paisana.
320

Y al recordar las proezas

de mil gauchos argentinos,

que fundaron los destinos

de esta patria y sus grandezas,

dije: -Por esta memoria,
325

el gaucho, que es el pasado,

bien merece ser honrado

¡tras de cien años de gloria!

Pongo el caballo en sus manos

pues sé que lo ha de apreciar...
330

Hoy es uso regalar

caballos, a soberanos...

Y yo no sé si lo acierto,

pero esta mi fantasía,

ve una vieja monarquía
335

en los gauchos del desierto.

Ojalá que el pangaré,

salga como yo deseo,

y que mejore el procreo

porque se desvela usted.
340

Siga usted así, ejecutando

su patriótica misión;

si el gaucho nos dio nación,

que hoy la agrande, trabajando.

¡Con lágrimas, entrevero
345

este relato adora!

¡Si hasta doy por bien robao

lo que me robó el ratero!

Este caballo, de fijo,

es una suerte bendita...
350

¡En nuestra casa, Benita,

dende hoy tenemos otro hijo!

Me voy para la estación

pa acomodar a mi pingo.

Pasao mañana, domingo,
355

te daré un güen madrugón.

¡Qué abrazo largo y estrecho

te voy a dar!... Acordate

de prepararme un güen mate,

y para él, maíz con afrecho.
360

Salgo alegre y voluntario

desta ciudad de placer...

Pero ¡juro no volver...

ni pal otro centenario!

La visión de la Pampa
La visión de la Pampa

Harmónicas

Visión sagrada y hermosa

que brilla en la mente mía,

como en la noche sombría,

una estrella luminosa.

Evocación misteriosa

5

que surge en mi fantasía,

como, vertiendo alegría,

la cristalina corriente

de agua pura y transparente,

brotan en la sierra bravía.

10

Extensión de tierra y cielo

que el horizonte limita,

y cuya vida palpita

y alienta en gigante anhelo

en la luz pura, en el vuelo

15

del pampero, esa infinita

ala de viento, que agita,

el espacio y lo estremece,

y al turbión que lo oscurece,

en la nada precipita.

20

Yo tengo de ti, desierto,

el recuerdo triste y santo,

de aquel ser, que entre mi llanto,

¡besé para siempre muerto!

En ti sueño, y si despierto

25

oigo un eco de tu canto;

y así como arde el amianto

sin consumirse, te veo

siempre ardiente en mi deseo,

que es esclavo de tu encanto.
30

¡Ay! ¡Quién me diera vivir

tu soledad bendecida,

que da a nuestra fe vencida

alientos para existir!

¡Quién pudiera resurgir
35

en tu entraña estremecida,

de esta ominosa caída,

mil veces peor que la muerte,

con que nos hunde la suerte

sin arrancarnos la vida!
40

¡Oh, Pampa! ¡de tu misterio

yo sé como nadie sabe!

De tu música la clave

que en el sacrosanto imperio

del silencio, en tu salterio
45

canta el insecto y el ave,

guardo el acorde suave,

la celestial armonía,

que vibrar Platón sentía

en los astros, dulce y grave.
50

Yo conozco los cardales

que salpican tus laderas,

tus treboladas praderas,

tus leonados pajonales;

los blandos tembladeraes
55

que disfrazan traicioneras

algas y plantas rastreras,

que dan marco a tus lagunas;

el médano de tus dunas,

el tala de tus taperas.
60

Yo evoco en el pensamiento

tus senderos sin destino,

donde alza en su torbellino,

fantasmas de polvo el viento;

por donde pasa, sediento,

65

el venado peregrino,

que algún rumor repentino

sorprende, y el aire husmea,

mientras el tero alertea

en el bañado vecino.

70

Veo en tu tarde abrasada,

bajo el sol, tu dios ardiente,

ese vaho transparente

que tremola en la quebrada,

y de cuya onda azulada
75

se ve surgir de repente,

una ciudad imponente,

que un soplo fugaz destroza

de la brisa, que retoza

en el campo alegremente.
80

Junto al chircal espinoso

veo tu playa campera,

en que alza la vizcachera

su montículo gredoso,

y siento el grito angustioso
 85

de alguna lechuza autera,

que sorprende en la ladera

a la perdiz escondida,

que vuela, y lanza en la huida

su cromática ligera.
 90

Veo tu arroyo, que lento

mueve su linfa estancada,

a que riza de pasada

con moaré de plata, el viento.

Tras de las totoras siento
95

el rumor de una bandada,

y de una garza nevada

veo el bolido indolente,

que va a ras de la corriente,

por su espejo retratada.
100

Y el manto de tus gramillas

veo, tendido a la espalda

de tus lomas, que de gualda

salpican mil florecillas,

hermanas de las sencillas
105

flores de aquella guirnalda

que por prados de esmeralda

pasara Ofelia juntando,

para ir luego derramando

de los pliegues de su falda.
110

Por el pajonal vecino,

veo pasar, cautelosa,

con su planta sigilosa

una gama. Atento y fino

su oído inquiera. El camino
115

que llevara, recelosa

tuerce, e inquieta y airosa,

huyendo al puma en acecho,

corre, salvando un repecho,

en fuga vertiginosa.
120

En invertida cascada

veo la nube plumiza

que ondulante se desliza

de la quemazón airada.

Soplando en su llamarada
125

cálido el viento la atiza,

y el matorral carboniza

con fragoroso chasquido,

dejando a su andar tendido,

el manto de su ceniza.

130

Ante sus ascuas voraces

huye la bestia asustada,

y levantan su bandada

las palomas montaraces;

tiñen las nubes sus faces

135

con su vislumbre encarnada,

y como una llama alada

que fuera a incendiar el cielo,

va de flamencos un vuelo

huyendo a la desbandada.
140

Veo el ñandú majestuoso

que esponja al sol sus alones,

y oigo de los charabones

el silbido quejumbroso,

mientras golpea afanoso
145

con profundas vibraciones

su mina el tuco, y los sonos

de aquel rítmico sonido,

parece un compás batido

del desierto a las canciones.
150

Y tus valles desolados

que cruzan inmensos ríos,

veo, tristes y sombríos,

por la vida abandonados,

paisajes imaginados
155

por los reprobos impíos,

en medio a los desvaríos

de sus febriles delirios:

de los dantescos martirios

páramos tristes y fríos.
160

Contraste de los ardores

con que tu sol te regala;

sombra que negra resbala,

huyendo a los esplendores

de la luz, que en mil fulgores
165

tu inmensa extensión exhala,

y que una zona señala

con proyecciones medrosas,

como en las horas dichosas

se desliza una hora mala.
170

¡Oh, Pampa! mi alma hace alarde

de recordar soñadora,

el rosicler de tu aurora,

la púrpura de tu tarde;

tu sol brillante en que arde
175

la potencia creadora

que en ti vierte, y atesora

tu tierra, virgen fecunda,

a que su calor inunda

y su luz ardiente dora.
180

Yo he soñado entre los velos

de tus noches azuladas,

muchas páginas pasadas

de mis pasados anhelos.

En el fondo de tus cielos,
185

en tus estrellas plateadas,

he mirado descifradas,

mil incógnitas historias,

fantasmas de antiguas glorias,

en mi pecho sepultadas.
190

Y ha cruzado por mi mente

tu poema largo y vario;

tu pasado legendario,

tu porvenir esplendente;

ese dualismo imponente
195

que une la gloria al calvario,

y que arranca del sudario

una vida luminosa,

cual sale la mariposa

de su encierro funerario.
200

¡Yo he visto al indio salvaje

en su potro enardecido,

invadirte al alarido

de incendio, muerte y pillaje!

Luego, he visto a tu gauchaje,
205

acosado, perseguido,

bajo el yugo envilecido

del más rudo despotismo,

que hacía de ti un abismo

amenazante y temido.
210

Y he visto la ciudad muda,

como el alma ante la muerte,

con ese estupor inerte

que inflige una pena ruda,

contemplándote desnuda,
215

como esclava a que convierte

el mercader, de un ser fuerte,

en un vil montón de lodo,

que así, de ese mismo modo,

llegaron a envilecerte.

220

Y luego, he visto en tus llanos,

el escenario luctuoso,

donde se libró, rabioso,

un largo duelo entre hermanos.

Los fastos americanos,

225

señalan como el medroso

sitio, en que el alevoso

puñal derribó una vida,

la página aborrecida

de tu pasado ominoso.
230

Pero invencible y constante,

vagaba con raudo vuelo,

detrás del fúnebre velo

de aquel tenebroso instante,

el espíritu arrogante,
235

el indomeñable anhelo

que dio libertad al suelo

de esta región argentina:

chispa genial y divina

de los fulgores del cielo.
240

Como el soplo soberano

de tu gigantesco aliento;

como el Pampero, ese viento

nativo, que corre ufano

sobre el dorso de tu llano
245

a que acaricia violento,

juntando en un sólo aliento

a las grandezas más grandes:

tu inmensa extensión, los Andes,

el espacio, el océano,
250

viene, pasa, y ya perdida

su sombra, se desvanece,

y la tierra se estremece

callada y desfallecida,

pero siente que su vida
255

reanima y rejuvenece

nuevo vigor; que florece

su campiña más lozana,

y que al nacer la mañana

más puro el sol resplandece.
260

Así, de tu campo abierto

vino ese soplo imponente,

de que era el alma inmanente

la libertad. Rumbo cierto

tuvo el porvenir, que un puerto
265

marcó la estrella luciente

en la bóveda esplendente

de tu cielo ¡oh Pampa hermosa!

Y a la bandera gloriosa

besó el aura del desierto.
270

El litoral limitado,

buscó nuevas expansiones,

y las guerreras legiones

precursoras del arado,

ese tu suelo ignorado,
275

que asolaron los malones,

conquistaron. Sus jalones

plantó el progreso en seguida,

y un grito de nueva vida

estremeció a las naciones.

Era ese el advenimiento

de un gran pueblo a su destino,

pues se llenaba el divino

augurio, que en el momento

de emanciparse, un acento
285

profetizó repentino

«en un trono diamantino,

de laureles coronada,

alzando a la patria amada

de todo pecho argentino.»
290

Era la idea primera

de la gran nación unida,

que de la estatua derruida,

alzaba la estatua entera;

era la nota guerrera,
295

en ¡hossana! convertida;

era el agua, que, nacida

del manantial del desierto,

transformaba un pueblo muerto,

en un emporio de vida.

300

La fama de tu grandeza,

llena del mundo el ambiente,

y ya no hay ignota gente

que no sueñe en tu riqueza;

no hay pensadora cabeza

305

que en ti no fije la mente,

como en la clave evidente

del misterio del futuro,

como porvenir seguro

del viejo mundo indigente.
310

¡Oh Pampa! En los pastizales

de tus agrestes vergeles,

ya van tendiendo los rieles

sus paralelas triunfales.

Ya los cristianos trigales
315

matan tus yerbas infieles.

Ya los sajones corceles,

los exóticos ganados,

son los reyes de tus prados

los dueños de tus jagüeles.
320

Tu potro, tu gaucho errante,

tu oveja de larga lana,

tu toro... tal vez mañana

en esa escena cambiante,

no quede un rasgo, que amante

325

pueda la memoria humana

recoger. La soberana

ley del progreso, lo mismo

que el brazo del despotismo,

cuanto se le opone allana.

330

Yo que admiro tu destino,

que tu grandeza completa,

no puedo en el alma inquieta

sofocar un repentino

suspiro, que hacía el divino
335

recuerdo de tu silueta

salvaje, vuela: saeta

que ya no dará en el blanco,

que a mi corazón arranco

de su carcaj de poeta.
340

¡Noches de la Pampa mía!

¡Perfumes de la alborada!

¡Siesta ardiente y abrasada

por el sol del mediodía!

¡Alto silencio, poesía
345

de la soledad amada!

¡Frescores de la enramada!

¡Fuertes soplos del viento!

¡Murmulo místico, aliento

de lo inmenso o de la nada!
350

De vuestra evocada gloria

derramad aquí el encanto.

¡Soplad el hálito santo

de esa pasada memoria,

que, desterrada a la historia,
355

se aleja bañada en llanto,

del suelo que amaba tanto,

y que yo también, gimiendo,

salvar la visión pretendo

en los ecos de éste canto!
360

El Recao
El Recao

Con el cinchón bien sobao,

haciendo del todo un lío

bastos, chapiao, prenderío,

está en el suelo el recao.

Al mirarlo he recordao
5

aquel tiempo sin dolor,

cuando de mi vida en flor,

que era un purito domingo,

cruzaba el campo en mi pingo

llevando en ancas mi amor.
10

Al desatar la envoltura

de las prendas, he sentido

como si de un ser querido

abriera la sepultura.

Todo un mundo de ventura
15

se me ha presentao allí

el ranchito ande nací,

el ombú que le da sombra,

el pastito como alfombra

en que mil noches dormí.
20

Las estrellas como flores

de luz, en lo hondo del cielo;

el griterío de un vuelo

perdido de silbadores,

las bocanadas de olores
25

que vienen del campo abierto,

el vientito del desierto

al ir aclarando el día,

la mañana... la alegría

del silguero dispierto;
30

el rayo de sol primero

que va a besar a la loma,

el gemir de una paloma,

el gritonar de un hornero;

la diana alegre de un tero
35

que hace guardia en el baño;

de un toro viejo, encelao,

el bramido de sus quejas;

el balar de las ovejas,

los mugidos del ganao...
40

A mi oscuro renegrado

he sentido relinchar,

lo mesmo que el corretiar

de los perros y el ladrido.

Del gallo giro, el bolido
45

he visto dende la higuera,

y después, la ronda autera,

que le hacía a las gallinas,

que presumían de finas,

siendo al fin como cualquiera.
50

Las prendas de mi recao

voy a mostrar despacito,

que pa mí, mucho bendito

hay en ellas encerrao.

Al lindo freno platiao
55

le ha tocao ser el primero,

pues tratándose de apero,

por el freno hay que empezar

cuando se ha de arrocinar

a un hombre o a un parejero.
60

¡Aquí está!... Nuevito en hoja

parece. ¡Tal lo he cuidao!

Sus copas son un dechao,

y un contento su coscoja.

Cuando en la rienda floja
65

jugaba con él mi oscuro,

ni un cristiano, de seguro,

quedaba sin almirar

de mi criollito el trotiar,

que envidiaba más de un puro.
70

Aquí están las cabezadas

con su testera y fiador;

la manea, el maniador

y las dos riendas platiadas;

el pretal, con sus caladas
75

estrellas, que con primor,

van de mayor a menor

del encuentro hasta el lomillo,

y que, en mi oscuro, su brillo

era un puro resplandor.
80

¡Velay los dos sahumadores

de mis estribos, grabaos

por plateros afamaos,

igual que los pasadores!

Allá en mis tiempos mejores,
85

cuando cruzaba el pueblito

zapatando un trotecito

atravesao en mi flete,

los llevaba de juguete

pisandolós despacito.
90

Estas espuelas coquetas,

de ruidosas alabadas,

colgaban destalonadas

de la alzaprima sujetas.

Al oírlas rodar inquietas
95

con su cócora sonido,

el gauchaje, conmovido,

decía, la voz alzando:

-¡Ahí va un gaucho galopando,

honrao, valiente y temido!
100

Este rebenque, trenzao

con un tientito tan fino,

lo heredé de mi pagrino

que lo había trabajao.

De virolas adornaos,
105

con su argolla y su lonjita,

parece una monadita

lo mesmo que un abanico,

pero si tuviera pico...

¡Qué historias!... ¡Virgen bendita!
110

Aquí está el lazo, largote,

pa trabajar ande quiera,

prendido de la asidera,

ques de cuero de cogote;

cuatro armadas en un bote,
115

sobre la res que se elija,

puede tirarse a la fija,

y enlazarla del tirón...

Pero ¡guay del revolcón

si el julepe lo encanija!
120

Aquí están también las bolas

u pa avestruz, u pa potro,

y que, como dijo el otro,

«de güenas bolean solas».

De torzal fino las piolas,
125

y las piegras del Tandil,

apuesto aquí que entre mil

no hay otras como las mías,

pues las mismas tres Marías

son como al sol un candil.

130

¡La cincha!... Sería al ñudo

querer cosa más pulida,

con la encimera curtida

y abajo de cuero crudo.

De un chúcaro, alzao, clinudo,

135

y a rajar con luña l'anca

que detrás de una potranca

se andaba haciendo el bonito,

sacó esta lonja un gauchito,

tan parejita y tan blanca.

140

Aura los bastos levanto

pa que los contemplan bien,

aquí está el centro y sostén

deste recaó a quién canto.

No sé de mi vida cuánto
145

a ellos me une, lo mesmito

que los dos por un tientito

van juntos como gemelos...

¡Que eso, tan sólo en los cielos,

o en la Pampa, estará escrito!
150

Voy a desdoblar, señores,

lo más blando del recaó:

las matras, por decontao,

y las jergas de colores.

La carona, en que mil flores
155

bordó un paisano ladino;

el cojinillo, más fino

que de una mujer el pelo,

y el sobrepuesto ¡ese cielo

que a ortas décimas destino!
160

Dejenmé que arrodillao

junto a esta prenda sagrada,

de arriba abajo bordada

por el ser más adorado,

saque del pecho angustia
165

palabras de un sentimiento,

que ni el mismísimo viento

debía escuchar aquí,

porque ninguno ¡Ay de mí!

¡Sentiré lo que yo siento!
170

Junquillos, claveles, rosas,

derramó tu linda mano

sobre este paño paisano,

en horas pa mí dichosas;

cual enseñas vitoriosas,
175

flamiando de Norte a Su,

mi orgullosa joventú

las llevó por esos pagos,

¡buscando tal vez halagos

que estaban en tu virtú!
180

Sobre este paño bordao,

fui soldao y fui matrero,

fui jugador, pendenciero,

malevo y desordenao;

corriendo desatinao

185

en busca de otros amores,

manché mil veces las flores

que me osequió tu cariño...

¡Y aura lloro como un niño

el dolor de tus dolores!...

190

Tendido sobre este lecho,

tu sombra abrazo soñando,

y te cuento suspirando

las tristuras de mi pecho.

Junto a mi cuerpo te estrecho,
195

y como a un panal de mieles,

tus labios puros y fieles,

beso en ansias amorosas,

a que perfuman tus rosas,

tus juncos, y tus claveles!
200

Aura, dejenmé, señores,

que otra vez líe el recaó...

Yo... ¡ya me creiba curao

de mis antiguos dolores!

¡Pero hay rescoldos traidores
205

que cualquier vientito atiza,

y hoy, en la olvidada triza

de mi viejo pensamiento,

he encontrao este lamento,

escarbando en su ceniza!
210

En la guitarra
En la guitarra

Cuando las sombras calladas,

cubren el campo dormido,

como un manto renegrado

con mil estrellas plateadas,

las memorias en bandadas,
5

sobre el árbol del olvido,

cantan, del placer perdido,

el recuerdo que desgarrar;

y yo al son de mi guitarra,

les contesto en un gemido.
10

Cantan mi vida primera:

cuando las alas tendía

en el aire el alma mía,

como una águila altanera.

Cuando ninguna barrera
15

a mi ambición se oponía,

cuando ante mí se ofrecía,

el campo verde y en flor,

la juventud, el amor,

el placer y la alegría.
20

Recuerdo de edad lejana,

que expira en el pensamiento,

como se pierde en el viento

el clamor de una campana;

perfume de la mañana,
25

que pasa y muere al momento;

luz, que cruza el firmamento,

y en las tinieblas se apaga,

como esta canción que vaga

en las alas de un lamento.
30

Hoy, que miro a mi alrededor,

marchito, sin luz, inerte,

cuanto era viril y fuerte

de mi vida en el albor,

en este eterno dolor,
35

que es destino de mi suerte,

tan solo un consuelo vierte

cuando me sofoca el llanto,

dar a los aires mi canto,

¡Qué es el canto de la muerte!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).